

Cátulo



POEMAS

(La presente obra ha sido incorporada a la biblioteca digital de www.ladeliteratura.com.uy con fines exclusivamente didácticos)

1

Pajarillo, delicia de mi niña,
con quien juega, al que en su seno tiene,
al que acerca la yema de su dedo
e incita a picotear ardientemente,
cuando, añorante de mi amor, se entrega
a un juego encantador que desconozco,
buscando algún consuelo a su dolor
para calmar, supongo, un grave fuego:
poder jugar contigo como ella
y aliviar las tristezas de mi alma
me sería tan grato como dicen
que fue para la rápida doncella
la manzana de oro que deshizo
el cinturón ceñido tanto tiempo.

2

Afligíos, oh Venus y Cupidos
y todo el que venere la belleza:
que ha muerto el pajarillo de mi niña;
pajarillo, delicia de mi niña,
a quien más que a sus ojos ella amaba,
pues era como miel, la conocía
tanto como a su madre una muchacha,
y no se separaba de sus faldas,
que saltando de un lado para otro
piaba sin cesar solo a su dueña.
Ahora sigue el camino de las sombras,
allá de donde, dicen, nadie vuelve.
Mas malditas seáis, malas tinieblas
del Orco que lo bello devoráis:
tan bello pajarillo me robasteis.
Mi pobre pajarillo, ¡qué desdicha!,
por ti ahora los ojos de mi niña
están rojos e hinchados de llorar.

3

Vivamos, Lesbia mía, y amemos;
los rumores severos de los viejos
que no valgan ni un duro todos juntos.
Se pone y sale el sol, mas a nosotros,
apenas se nos pone la luz breve,
sola noche sin fin dormir nos toca.
Pero dame mil besos, luego ciento,
después mil otra vez, de nuevo ciento,
luego otros mil aún, y luego ciento...

Después, cuando sumemos muchos miles,
confundamos la cuenta hasta perderla,
que hechizarnos no pueda el envidioso
al saber el total de nuestros besos.

4

Preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos
me serían bastantes y de sobra.
Tantos como la arena que de Libia
yace con laserpicios en Cirene,
entre el ardiente oráculo de Júpiter
y el sepulcro del viejo y sacro Bato;
o tantos como estrellas que contemplan,
cuando calla la noche, los amores
furtivos de los hombres. Tantos besos
a este loco le bastan y le sobran:
que no puedan contarlos los mirones
ni echarles maldiciones envidiosas.

5

Desgraciado Catulo,
deja de hacer locuras,
y lo que ves perdido, por ello dalo.
Brillaron para ti en otro tiempo blancos los soles,
cuando acudías allá donde quería una muchacha,
amada por nosotros como no será amada ya ninguna.
Eran entonces aquellas tantas diversiones
que deseabas tú y que ella no rehusaba.
Brillaron, sí, para ti blancos los soles.
Mas ella ya no quiere, y tú
-reprime la pasión tampoco quieras,
ni vayas tras quien huye,
ni vivas desgraciado,
sino que, duro el ánimo, tente firme.
No sientas. Adiós muchacha,
Catulo ya no siente.
Pues que no lo deseas,
ya no te irá a buscar ni te hará ruegos,
pero tú sufrirás cuando nadie te ruegue.
Ay de ti, desdichada, ¡qué va a ser de tu vida!
¿Quién va a estar junto a ti?
¿Quién te verá bonita?
¿Ahora a quién vas a amar?
¿De quién dirán que eres?
¿A quién vas a besar?
¿Morderás en qué labios? Pero,
Catulo, tú, condenado, no sientas.

6

Cenarás bien, mi Fábulo, en mi casa
dentro de algunos días si los dioses
favorables te son y traes contigo
cena abundante y una chica guapa,
y vino y sal y ganas de reír.
Si te traes todo esto, te decía,
cenarás bien, encanto, pues Catulo
tan solo telarañas lleva encima.
Mas a cambio obtendrás mi amor sincero
o algo más dulce aún y distinguido,
pues te daré un perfume que a mi niña
las Venus y Cupidos regalaron:
cuando lo huelas, Fábulo, a los dioses
pedirás todo tú hacerte nariz.

7

Chaval que escancias el Falerno añejo,
lléname ya las copas más amargas,
es la ley de Postumia, la anfitrióna,
que más borracha es que una uva ebria.
Y el agua que se vaya a donde quiera.
¡Peste del vino, vete con los serios,
que aquí no hay más que puro tioniano!

8

Oh Alfeno, ingrato y falso con tus buenos compañeros,
¿ya no tienes compasión, cruel, de tu dulce amigo?
¿ya, pérfido, en traicionarme, ya en engañarme no dudas?
Mas las impías mentiras no placen a los del cielo,
lo olvidas y me abandonas, pobre de mí, en la desgracia.
Ay, dime ¿qué harán los hombres? ¿en quién podrán confiar?
Eras tú quien me animabas a entregarte, injusto, el alma
llevándome hasta un amor donde peligro no había.
Ahora quieres retirarte y lo que hiciste y dijiste
dejas que vientos lo lleven y que lo pierdan las nubes.
Mas, aunque hayas olvidado, los dioses y Fe recuerdan;
ella hará que te arrepientas, algún día, de tu acción.

9

Mal está, Cornificio, tu Catulo,
mal está, ¡por los dioses!, y con pena,
más y más cada día y cada hora.

Y tú -mira que es fácil- no le has dado
ni una sola palabra de consuelo.
¿Esto vale mi amor? ¡Estoy que muerdo!
Pero..., venga, tan solo una palabra
más triste que el lamento de Simónides.

10

Hola niña. No es chata tu nariz,
ni tienes pies bonitos, ni ojos negros,
ni dedos largos, ni la boca limpia,
ni una lengua, en verdad, nada elegante,
amiga del formiano manirroto,
¿eres tú la que dice la provincia?
¿tú la que ahora comparan con mi Lesbia?
¡Qué siglo tan estúpido y grosero!

11

Si la miel de tus ojos, oh Juvencio,
pudiera yo besar constantemente,
muchos miles de besos le daría;
y nunca iba a creer estar saciado
aunque más que las ásperas espigas
se apiñara la mies de nuestros besos.

12

Ayer, Licinio, en un rato de ocio
acordamos jugar con tus tablillas
a medir nuestro encanto y nuestro ingenio.
Devolviéndonos versos mutuamente,
entre el vino y el juego disfrutábamos
improvisando en uno u otro ritmo.
Marché de allí después tan encendido
por tu gracia, Licinio, y por tu encanto,
que ni encontraba ayuda en la comida
ni en el sueño quietud para los ojos,
sino que, revolviéndome en el lecho,
indómito, anhelaba ver la luz
para poder estar y hablar contigo.
Después de que mis miembros fatigados
yacían medio muertos en la cama,
te escribí, dulce amigo, este poema
para que él te mostrara mi dolor.
Y, ahora, cuidadito en desdeñarme
o en mostrarte soberbio, perla mía,

que si no rendirás cuentas a Némesis.
Es terrible esta diosa: no la ofendas.

13

Te suplico, si no es mucho pedir,
que muestres las tinieblas que te esconden.
Por ti pregunto en el Campo Menor,
por ti en el Circo y en las librerías,
por ti en el templo sagrado de Júpiter.
Amigo, en el paseo de Pompeyo
paré a la vez a todas las muchachas
aunque había en sus rostros mucha calma,
mas, con todo, ay, así te reclamaba:
« ¡Devolvedme a Camerio, mujerzuelas! ».
Y desnudando el seno dijo una:
«En mi pezón de rosa, ¡aquí se esconde!».
... Pero aguantar es ya labor de Hércules.
¿Con tal soberbia, amigo, me desdeñas?
Dime dónde has de estar, sal ya sin miedo,
entrégate a la luz con confianza.
¿Te retienen quizás niñas de leche?
Si en la boca tu lengua has sepultado
perderás del amor todos los frutos,
pues a Venus le alegran las palabras.
Aunque cierra la boca, si eso quieres,
mas dame parte al menos en tu amor.

14

¿Acaso una leona del monte libio,
o Escila, la que ladra bajo las ingles,
te dio a luz una mente tan dura y negra
que desprecias la voz de quien te implora
en su extrema desgracia? ¡Alma feroz!

15

No te preguntes por qué las mujeres no quieren, ninguna,
Rufo, debajo de ti, tierno su muslo extender,
ni aunque tirártelas quieras comprándoles raros vestidos
o el delicado esplendor de un delicioso rubí.
Cierta funesto rumor que se cuenta de ti te lastima:
bajo tu axila, feroz, dicen que habita un cabrón.
Todas le temen. Normal, pues el bicho es muy malo y ninguna
bella muchacha querrá nunca acostarse con él.
Mata, por ello, esa peste cruel del olfato o, al menos,
no te preguntes ya más cómo es que escapan de ti.

16

Dice que nunca querrá entregarse a ninguno mi amada,
ni tan siquiera si Júpiter se lo llegara a pedir.
Dice... Lo que una mujer a su amante ferviente le dice
más vale en viento escribirlo y en la corriente veloz.

17

Antes solías decir que a Catulo tan solo querías
y que ni a Júpiter tú, Lesbia, cambiabas por mí.
Yo en aquel tiempo te amé no del modo que uno a su amiga,
mas como el padre querer debe a los que él engendró.
Ya te conozco y, si bien me consume una llama más viva,
eres también para mí mucho más frívola y vil.
¿Cómo es posible?, dirás. Semejante traición a un amante
le hace sentir más amor pero querer menos bien.

18

Déjalo ya. No pretendas ganarte el cariño de nadie.
Deja. No intentes hallar alguien que pueda ser fiel.
Todo es ingrato y de nada nos sirven las buenas acciones,
son un estorbo más bien, solo nos pueden dañar.
Mírame a mí; me atormenta con más crueldad y más saña
quien como amigo hasta ayer solo me tuvo él a mí.

19

Mira, mi Lesbia, hasta dónde llegó por tu culpa mi alma,
cómo se ha echado a perder ella por serte tan fiel:
ya no podría quererte por más que intentases ser buena,
ni, hagas lo que hagas, podrá nunca dejarte de amar.

20

Rufo, en quien yo confié como amigo por nada (¿por nada?,
bien al contrario pues fue alto su precio y fatal),
¿cómo pudiste buscar un lugar en mi alma y quemarme,
pobre de mí, el corazón para llevarte mi bien?
Sí, te llevaste mi bien, ¡ay, veneno cruel de mi vida,
ay, que de nuestra amistad eres la gran perdición!

21

Es que no existe en el mundo, Juvencio, entre tantas personas,
otro hombre guapo al que tú puedas tu amor ofrecer,
fuera del huésped aquel de la yerma región del Piceno,
más amarillo que el oro de una escultura dorada,
al que le entregas el alma queriéndolo más que a mí mismo?
No sabes tú cuánto mal haces haciendo lo que haces.

22

Odio y amo. ¿Por qué hago yo esto?, preguntes acaso.
Yo no lo sé, mas lo siento y ello me causa dolor.

23

Dicen que Quintia es hermosa; a mí me parece que es blanca,
alta y derecha: es verdad que estos encantos posee.
Pero decir que es hermosa, lo niego pues no hay en su cuerpo,
siendo lo grande que es, ni un solo grano de sal.
Lesbia es hermosa. No solo en todo es más bella que todas,
sino que a todas robó todas las gracias también.

24

No hay en el mundo mujer que asegure haber sido amada
como y con tanta verdad, Lesbia, tú has sido por mí,
ni en juramento ninguno mayor lealtad hubo nunca
que la que yo demostré en respetar a tu amor.

25

Lesbia, insultándome siempre, no deja de hablar de mí nunca:
¡ay, que me muera, si Lesbia no siente amor hacia mí!
¿Cómo lo sé?, porque yo sin cesar la maldigo igualmente,
mas que me muera, si amor no es lo que siento por ella.

26

Si alguien obtiene una vez lo que está deseando y no espera,
esto le da al corazón una alegría especial.
Siento por ello alegría, y aún más querida que el oro,
viéndote, Lesbia, volver tan deseada hacia mí.
Sola y querida regresas ahora que no te esperaba:
¡rojo este día será entre los días del mes!

¿Quién más dichoso que yo? ¿Quién podría decir que en el
mundo
algo se puede querer más que mi vida de hoy?

27

Dices que no tendrá fin, vida mía, este amor que nos une,
que entre nosotros será, ahora y por siempre, feliz.
¡Oh grandes dioses, haced que no sea una falsa promesa,
que hable con toda verdad, salga del alma su voz,
y que nos sea posible guardar para toda la vida
esta alianza eternal, sello sagrado de amor!

Para saber más...

- Urbina Santafé, Manuel Iván- “En torno a Cayo Valerio Cátulo” En <http://www.letralia.com/78/en03-078.htm>
- <http://www.aache.com/alonsogamo/index2.htm> (En esta página podrás ver los poemas completos)
- http://www.imperivm.org/cont/textos/txt/catulo_carmina-libro_i.html (Poemas de Cátulo)
- <http://www.isftic.mepsyd.es/w3/eos/MaterialesEducativos/mem2001/scripta/gen/generos/lirica.htm>